

TÓPICOS DE LA SATIRA ROMANA *

Quidquid agunt homines... nostri farrago libelli est
(Iuv. I 85-86):

Así entiende, el más eminente de los satíricos romanos, su propia tarea. En sus escritos cabe todo; la actividad humana en toda su amplitud, en la inmensa extensión de posibilidades que ofrece la vida cotidiana: la vida de la ciudad y sus chocantes contrastes, la brutalidad de algunas costumbres, la ridiculez de quienes, intentando hacer un papel brillante, resultan grotescos; la injusticia con que se trata a quienes no tienen medios, las dificultades de la vida familiar... Juegos de circo, baños, banquetes, la intimidad del hogar, el ajetreo de la calle: cualquier lugar es escenario apto para la sátira.

Los romanos consideran el género satírico como cosa suya —*satura quidem tota nostra est* (Quint. X 1, 93)— no ya sólo en el sentido de que esta forma literaria se adecúa al temperamento del pueblo latino, a su agudo humor punzante —*italum acetum* (Hor., *Sat.* I 7, 32), *sal multum* (Hor., *Sat.* I 10, 3)—, sino en el más seriamente literario: lo que Quintiliano reclama es el reconocimiento de la originalidad de la sátira romana como género¹.

* Conferencia pronunciada en el Curso de Humanidades Clásicas de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander, 10-VIII-1971.

¹ La interpretación de la célebre frase de Quintiliano ha sido, como se sabe, cuestión debatida en larga controversia. Sigo el criterio de Van Rooy, *Studies in classical satire and related literary theory*, Leiden 1966, pp. 117-123.

La *satura* latina es en un primer momento un conjunto de composiciones de carácter misceláneo, al modo de las que escribieron Pacuvio y Ennio: literatura en estrecho contacto con la vida del pueblo, popular como lo era la vieja comedia, y que permite una amplia libertad; es un conjunto en el que caben todos los metros y todos los temas, abigarrado como la vida misma; allí se mezclan lo serio y lo jocoso, lo helénico y lo latino, como en el mercado o en la calle; allí se permiten todas las licencias: en la lengua, la presencia de palabras griegas; en el contenido, la presencia de temas hirientes o escabrosos. Lucilio es, en la historia de la sátira romana, la encrucijada de la que parte el camino por el que iba a discurrir en adelante el género.

De él se desvía otro sendero, el de la sátira llamada Menipea, *satura* al modo cínico, que tuvo su más eximio cultivador en Varrón. Con Lucilio, la sátira pasó de ser preferentemente «mescolanza» a ser fundamentalmente «denuncia»; él fija por otra parte la forma —el metro— de la poesía satírica. Es, en efecto, Lucilio el *inventor* del género quien, a partir del libro que ha llegado a nosotros marcado con el número 30, pero que no fue el último de la serie en el orden de publicación, sino el que cerraba el primer volumen (publicado hacia el año 123 a. C.), fija el ritmo dactílico como propio de las *saturae*. Un hexámetro que, dejando a un lado como cosa ajena la grandiosidad reservada al poeta épico, llega a los oídos del público con el aire familiar de una conversación en la calle: *ludus ac sermones* llamará el propio Lucilio a su obra (fragm. 1039 M, 1039 W).

El satírico romano es consciente de su ligazón a una forma literaria: hay unas reglas del juego que deben respetarse, una técnica —la del hexámetro conversacional—, que debe manejarse hábilmente —*me pedibus delectat claudere verba*—, y unos precedentes: *Lucili ritu* (Hor., *Sat.* II 1, 18).

Un segundo elemento, esbozado ya en lo dicho anteriormente, caracteriza a la *satura*: la intención. Muy claramente lo expresa Diomedes² en el pasaje que suele considerarse como *locus classicus* para el entendimiento de la naturaleza y orígenes del género satírico en la literatura romana, pasaje que Diomedes tomó, muy probablemente, de Varrón³:

² Cf. Diom., *Ars Gramm.* III ap. H. Keil GLI pp. 485 s.

³ Vid. Van Rooy, *o. c.*, p. 187.

Carmen maledicum et ad carpenda hominum uitia... compositum (Diom., *Ars Gramm.* III ap. H. Keil GL I pp. 485 s.).

La sátira es un género agresivo que fustiga los vicios de la humanidad, pero no siempre lo hace sirviéndose de la invectiva. El satírico explota eficazmente el lado ridículo de la situación blanco del ataque —*ridiculae res pudendaeque* (Diom., *l. c.*— y Horacio declara:

Et sermone opus est, modo tristi, saepe iocoso (Sat. I 10, 11).

Hexámetro conversacional e invectiva cáustica son los elementos que dan unidad al género. Unidad fuertemente sentida, aunque el carácter que cada autor dé al quehacer satírico esté diversamente matizado: para Lucilio y Horacio, la sátira es aún un género próximo a la comedia: *archaeae Comoediae caractere compositum* (Diom., *l. c.*); para Persio, «propagandista» de la doctrina estoica, está más próximo a la discusión filosófica; mientras que, al entender de Juvenal, se trata de una tarea seria —la única tarea seria que puede hacer un literato de su tiempo— que pretende competir y compite con los géneros que tradicionalmente se consideran graves —épica, tragedia, oratoria— y que incluso puede estructurarse y de hecho se estructura como un discurso o una controversia o una suasoria al estilo de la época⁴.

La SÁTIRA es «uno de los géneros más personales de la literatura»⁵. El escritor satírico está movido por lo que él ve; delata la verdad, pero una verdad seleccionada, la que ha saltado a su vista con una fuerza que le hace imposible permanecer más tiempo callado:

Si natura negat, facit indignatio uersum (Iuv., 1, 79).

El carácter personal del género está formalmente confirmado por la expresión *propria persona*; la sátira es una *Icherzählung*. Es el yo del poeta el que grita con su propia voz, aunque en algún caso

⁴ Vid. G. Highet, *Juvenal the Satirist*, Oxford 1962 (reimpr. ed. 1954), pp. 48-93 y 174.

⁵ G. Highet, *o. c.*, p. 2.

se sirva de la «tensión dialéctica» provocada entre dos personajes, forma que abre fácil paso a la exposición de los personales puntos de vista.

El temperamento del poeta, su sensibilidad, determinan la elección de unos temas específicos entre la multitud de posibilidades que ofrece la panorámica de la vida humana: actitudes, costumbres, reacciones, que sus conciudadanos ven sin duda como cosa normal y que afectan al poeta hasta hacerle gritar de indignación; LA SÁTIRA ES UNA PROTESTA, y la protesta se basa siempre en la realidad, aunque dé de ella una versión algo deformada, cargando las tintas en lo ridículo o en lo abominable.

En la Sat. 8, Juvenal censura los crímenes de Nerón, comparándolo con la trágica figura de Orestes —*par Agamemnomidae crimen* 8, 215—, pero la gravedad de su tono quiebra inesperadamente en un comentario burlón:

*in scaena numquam cantauit Orestes,
Troica non scripsit (220-21).*

Las «fantasías poéticas» de Nerón despertaron también la ironía de Tácito, que, al describir la institución de las *Iuuenalia*, presenta al emperador haciendo solemne entrada en escena, iniciando con gran cuidado unos arpegios en la cítara, rodeado de una corte de centuriones y de tribunos. Burro, asistente forzoso, se aburre mientras aplaude:

Postremus ipse scaenam incedit, multa cura temptans citharam et praemeditans, adsistentibus phonascis. Acceserat cohors militum, centuriones tribunique et maerens Burrus ac laudans (Tac., Ann. XIV 15, 7-8).

Contra la figura del egipcio Crispino, un plebeyo nacido a orillas del Nilo, elevado a la categoría de *princeps equitum* —jefe militar de la guardia imperial de Domiciano—, nada más eficaz que la descripción hecha en *Iuv.*, Sat. I, 26-29:

*Cum pars Niliacae plebis, cum uerna Canopi
Crispinus Tyrias umero reuocante lacernas*

*uentilet aestiuum digitis sudantibus aurum
nec sufferre queat maioris pondere gemmae,
difficilis est saturam non scribere...*

Crispino asiste a un espectáculo en asiento reservado a los ciudadanos del orden ecuestre: con gesto ostentoso, echa hacia atrás el lujoso manto que debía quitarse a la llegada del emperador; manto que a todas luces sobraba: era verano. Entre sus dedos sudorosos, Crispino luce con aire de nuevo rico la piedra de su anillo, símbolo de su rango. Una piedra que ya no puede ser mayor.

La figura del antiguo esclavo se presenta así como un cuadro grotesco; es una pintura deformada, como vista a través de un espejo de feria, que provoca una sonrisa despectiva:

Ridentem dicere uerum / quid uetat? (Hor., Sat. I 1, 24-25).

Pueden señalarse dos pasos en el objetivo de la sátira⁶:

a) Poner de manifiesto lo que no va de acuerdo con los principios del poeta.

b) Hacer ver al público la responsabilidad que tiene en esa deformación. Si esto es así, la sátira tiene carácter de enseñanza: una enseñanza no intelectual, sino moral. En ese carácter de enseñanza moral, más o menos consciente, creo encontrar la base de un tercer elemento de unidad, que, junto a los dos ya señalados y por encima de la individualidad del poeta, es factor común al género: la temática.

El poeta tiene ante los ojos la sociedad contemporánea, pero su observación le lleva a la contemplación del pasado: el pasado como causa de la situación presente (los abusos de César y de Augusto, de Calígula y de Nerón, en la obra de Juvenal); el pasado también como punto de comparación: para un romano que se precie, «cualquier tiempo pasado fue mejor». El proceso de perversión progresiva de las costumbres está presente aquí como en tantas otras manifestaciones del pensamiento romano, y especialmente en la historiografía. Pero hay todavía más: Highet ha puesto el dedo en la llaga al señalar la falsa apariencia retrospectiva de la sátira de

⁶ Vid. Ch. Withe, *Latin Satire the Structure of Persuasion*, Leiden 1970, p. 274.

Juvenal: Juvenal ataca, bajo un nombre del pasado, un vicio presente.

Es —en otro orden de cosas— el mismo fenómeno que la crítica reciente ha descubierto en la intención con que están escritos los *Annales* de Tácito⁷, otro punto de contacto entre géneros tan diversos como son la poesía satírica y la prosa histórica.

Pueden cambiar los nombres de los protagonistas, pero en el acontecer humano hechos y situaciones se repiten. Hay en la poesía satírica un elemento intemporal que se esconde tras las circunstancias concretas y que está sustentado por la coherencia de la conducta humana, cuyo comportamiento no es ciertamente previsible *hic et nunc* con la seguridad con que se cumplen las leyes físicas, pero responde a unas tendencias, a unas pasiones —en el caso que nos ocupa—, a unos vicios que son siempre los mismos.

A pesar de la diversificación determinada por el tamiz de la personal visión del poeta y por la diversidad de las condiciones de vida en que cada uno de ellos se desenvuelve, puede observarse una coincidencia en los temas tratados por los satíricos romanos; una coincidencia llamativa que permite hablar de la existencia de tópicos; tópicos que, a mi entender, no responden sólo a una tradición de género, ni son sólo una muestra más de la vigencia del principio de la *imitatio*, sino que están justificados por una razón más profunda: vienen a señalar ASPECTOS PERENNES DE LA CONDICIÓN HUMANA.

Es éste el motivo de la validez de la poesía satírica por encima de modas y gustos pasajeros: el satírico deja ver a través del suceso anecdótico una realidad más honda e inalterable, aunque de ella aparezca sólo, como reflejada en un cristal opaco, una imagen turbia de miserias y bajezas. Temática generalizada, pero en modo alguno privativa del género. Temas siempre actuales en la historia de la Humanidad⁸.

Ver a un hombre honrado es para Juvenal un espectáculo del que pocas veces se puede disfrutar en las calles de Roma: un hombre prestigioso y cabal es en la Urbe —dice el poeta— un fenómeno: como un monstruo de dos cuerpos, tan extraño como encontrar peces bajo el arado..., algo tan asombroso como si un

⁷ Cf. G. Highet, *o. c.*, p. 10; J. L. Laugier, *Tacite*, París 1969, pp. 135 y 150.

⁸ Ejemplifico citándome al género tradicionalmente considerado «Sátira» y principalmente sobre textos de Juvenal y Horacio.

enjambre de abejas se aposentara como racimo de uvas en la cúspide de un templo, como si un río volcara en el mar —en extraños remolinos— un torrente de leche (Iuv., 13, 64-70). Relación paródica de *prodigia* no inventados por su imaginación, sino recogidos de la tradición patria⁹.

Sicarios, incendios provocados, robos sacrílegos, traficantes en pócimas venenosas llenan la ciudad, y parece que no llaman la atención de nadie (*ib.* vv. 145 ss.).

Cuatro son, según la enseñanza estoica, las raíces del mal que aqueja a la Humanidad. Así lo expone el maestro Stertinio al principiante Damasippo en la sátira 3 del libro 2.º de los *Sermones* de Horacio: la enumeración está precedida de una *captatio* que recuerda la que encontramos en algunos prólogos plautinos:

Audire atque togam iubeo componere (Hor., Sat. II 3, 77).
Sileteque et tacete atque animum aduortite...
audire iubet uos imperator... (Pl., Poen. vv. 3 s.).

Y Stertinio comienza la lección:

...*Quisquis*
ambitione mala aut argenti pallet amore,
quisquis luxuria tristiue superstitione
aut alio mentis morbo calet...

Auaritia, *ambitio*, *luxuria*, *superstitio* son locuras para un estoico. Las cuatro aparecen, en elaborada composición en la sátira 5.ª de Persio, sátira en forma de epístola, dirigida por el joven poeta a su maestro Cornuto, como muestra de que ha aprendido bien su enseñanza: *Auaritia* y *Luxuria* personificadas, aunque sin los adornos que más tarde les prestará la brillante fantasía de Prudencio¹⁰, intentan atraer al hombre en sentidos opuestos: la una, arrastrándolo hacia una actividad febril —navegación y comercio—; la otra, hacia el dispendio de dinero y fama, con el señuelo de una vida placentera —*carpamus dulcia* (5, 151)—, o de un amor insensato.

⁹ F. Villeneuve, «Juvenal Satires», ed. *Les Belles Lettres*, 1962, p. 160, señala en particular a T. Livio y el *De Prodigis* de Iulius Obsequens.

¹⁰ Piénsese en la descripción de *avaritia* y el discurso pronunciado por ésta en *Psych.*, vv. 454-567.

Por fin, la *ambitio*, que ve defraudado su afán de poder por la fuerza paralizante de la superstición (Pers., 5, *passim*).

Pero no es esta rebuscada composición el modo habitual en que el satírico fustiga los vicios; tampoco el claro análisis de la definición filosófica, aunque sí aparezca en ellos la frase sentenciosa, la filosofía barata del pueblo.

Cicerón, en el lib. 4.º de las *Tusculanas* define la AVARITIA como una «estima *uehemens* —incontrolada— del dinero, como de algo que hay que procurar por encima de todo, (estima) obstinada y profundamente arraigada —*inhaerens et penitus insita*, *Tusc.* 4, 11, 26).

El satírico presenta al avaro en escena: es, en Hor., *Sat.* II, 2, 55 ss., Avidieno, que come aceitunas de cinco años, que sólo saca vino en las grandes fiestas, un vino ya alterado, que él mismo escancia; él es también el que, gota a gota, deja caer sobre unas pobres coles un aceite de olor insoportable. O bien Ummidio: *Ita sordidus ut se non umquam seruo melius uestiret* (Hor., *Sat.* I 1), y que no limitaba su tacañería al vestido, sino que tampoco comía, por miedo a que le faltara sustento al fin de sus días; pero una liberta se adelantó a las Parcas: *at hunc liberta securi diuisit medium*, «lo partió en dos de un hachazo». Persio (6, 18-22) se sirve del tópico de los dos hermanos con temperamentos opuestos: uno, que sólo el día de sus cumpleaños se atreve a emparar en un poco de salmuera, comprada al por menor, sus legumbres secas; el otro, que da rápida cuenta de su abundante fortuna: *peragit dente*, se la traga.

Caricaturesca es también la pintura del *adquirendi artifex* que hace Juvenal en la *Sat.* 14: reduce el estómago de sus esclavos a una medida ínfima, él mismo toma alimentos estropeados, comidas que no aceptaría un mendigo (vv. 125 s.).

Es una auténtica locura —*furor haud dubius...*, *manifesta phrenesis*, vivir en la miseria para morir rico:

ut locuples moriaris, egentis uiuere fato (14, 135-37).

El avaro es un loco —tiene ahora la palabra Horacio (*Sat.* I 167 ss)— a quien no le importa la opinión de los demás, y se aplaude a sí mismo mientras contempla extasiado las monedas en su arca. Un loco al que compara con Tántalo, que no puede gozar de sus

bienes porque no se atreve a tocarlos; sólo los mira como si se tratara de un hermoso cuadro.

Aquí, en ese no saber hacer uso del dinero, está el punto de partida de una crítica mucho más demoledora contra el afán de riquezas. El avaro no sabe sacar provecho de su dinero, pero, por otra parte, EL DINERO LO PUEDE TODO:

Omnia Romae / cum pretio (Iuv., 3, 183-84).

El dinero es el punto de partida de una serie de injusticias que se manifiestan en la vida pública —asientos reservados en los teatros— y en la vida doméstica: el opulento Virrón invita a cenar a su cliente Trebio, y la cena se convierte en un suplicio de tres horas; mientras el anfitrión bebe no ya sólo un vino selecto, sino hasta un agua especial, y usa copa de oro con incrustaciones de piedras preciosas, al desgraciado cliente se le ofrece vino de mala calidad en un vaso desportillado; tiene que soportar pan duro y negro, además de las insolencias de la servidumbre.

El tema del banquete es uno de los tópicos más reiterados en la literatura satírica greco-romana: sátira gastronómica hizo Ennio en su adaptación del poema Ἡδυσπάθεια de Arquestrates de Gela; el banquete ridículo aparece en algunos fragmentos de Lucilio, y está documentado además por la noticia de Cicerón (*Br.* 160)¹¹. Horacio hace la caricatura de Catius «doctor en gastronomía» (II 4) y ridiculiza el brillante banquete de Nasidieno en el relato que pone en boca del poeta cómico Fundanio.

Que no se trata sólo de un tópico literario, sino de una realidad vivida, queda claro a partir del testimonio de Marcial, que ha sufrido personalmente las mismas vejaciones: *Cur mihi non eadem cena quam tibi cena datur?... / Cur sine te cenō cum tecum, Pontice, cenem?* (*Mart., Epigr.* III 60, 2, 9).

El ímpetu de Juvenal se vuelve no ya sólo contra el cruel y egoísta anfitrión, que convierte la invitación a un banquete en una tortura, sino contra el humillado cliente, que soporta la situación sin protesta. Un hombre capaz de vivir así es un hombre sin honor:

¹¹ Vid. los datos recogidos por Highet, *o. c.*, pp. 262-278 y Villeneuve, «Horace Satires», en *Les Belles Lettres*, p. 117.

*Si te. propositi nondum pudet atque eadem est mens,
quamuis iurato metuam tibi credere testi
ut bona summa putes aliena uiuere quadra...* (Iuv., 5, 1-5).

Aunque hay un tipo aún más vil de parásito: el representado por Névolo, el homoxesual que no conoce la vergüenza y llega a la más atroz perversión, más que por el propio vicio, por afán de lucro (sat. 3). Névolo se ufana de su propia habilidad como lo hacía el parásito de la comedia plautina.

Además del parásito hay otro tipo indigno en la ciudad: el cazador de herencias. En la sat. 5.^a del lib. II Horacio presenta a Tyresias, interrogado por Ulises, acerca del modo de rehacer su fortuna.

Tyresias le aconseja, enumerando las argucias que debe emplear el aspirante a heredero, en forma muy cercana a aquella en que el *seruus* plautino daba a conocer las «obligaciones del buen esclavo». Entre esos deberes, ocupa un lugar preeminente la adulación.

El cazador de herencias representa la corrupción de un valor noble —el de la amistad— por dinero. El «negocio», en el sentido menos romano y más vil del término, ha acabado con algo tan importante como la relación de afecto que unía a dos amigos, o a un cliente con su patrono. La lealtad —la *fides*—, cimiento de la estabilidad y permanencia de las relaciones humanas (Cic., *De Amic.* XVIII 65), ha sido sustituida por la *sanctissima diuitiarum maiestas* (Iuv. I, 112-13):

*Quantum quisque sua nummorum seruat in arca
tantum habet et fidei...* (Iuv., 3, 143-44).

La lealtad ha sido sustituida por el interés. El cliente recibe el importe de su amistad —que es falsa— con una comida que es mala.

El afán de dinero no conoce límite: *adquirendi... insatiabile uotum* (Iuv., 14, 125). A esta situación conducen las formas de vida de la gran ciudad. Con la designación de *ambitiosa paupertas* (Iuv., 3, 182) traza Juvenal el perfil de la vida urbana. El tema de la «vanidosa escasez» sirve de puente entre los conceptos filosóficos de *auaritia* y *ambitio*, y nos introduce a la vez en un nuevo tópico literario: el del

enfrentamiento entre la vida difícil de la ciudad y la sencillez de la vida del campo: el tema del *beatus ille*.

La decisión de Umbricio: *cedamus patria* (Iuv., 3, 29) es una decisión heroica a la que se ve forzado porque la vida de la Urbe se ha hecho imposible: no se aprecia ni se paga el trabajo honrado (21-22), y —lo que es aún más duro— el que no tiene fortuna se ve convertido en blanco de burlas: *paupertas... ridiculos homines facit* (152-53). No hay más medio de vivir que la adulación o la mentira: *Quid Romae faciam? Mentiri nescio...* (40), o bien la complicidad en un crimen.

Pero es que, además de imposible, dice Juvenal, la vida de la ciudad es incómoda: a duras penas se puede dormir, el tráfico hace imposible el camino (243 ss.), y, si es de noche, accidentes, riñas callejeras, ladrones nocturnos ponen en peligro la propia seguridad y hasta la propia vida: puede parecer un descuido imperdonable acudir a una cena sin haber hecho antes testamento (268 ss.).

Umbricio se decide por la vida rural como el ratón de la fábula que Horacio pone en boca de su vecino Cervio (*Sat.* II 6, 77-117); Horacio suspira por la paz del campo: *O rus, quando te aspiciam* (v. 60); es preciso abandonar la urbe: *ire necesse est* (v. 26). Aunque lo que en realidad ocurre es que nadie está contento con lo que tiene: *agricolam laudat iuris legumque peritus... ille... solos felices clamat in urbe* (Hor., *Sat.* I 1, 9-12).

No podría el satírico pasar de largo ante un aspecto de la sociedad materializada que le afecta a él especialmente: el tema que Highet ha llamado «la miseria de los intelectuales»¹². Fue Crates el cínico, al parecer, el primero que dio forma a esta protesta; protesta generalizada en diferentes géneros y épocas, que ha quedado fijada en la frase lapidaria de Suetonio: *docuit maiore fama quam emolumento* (*De Gramm.* 9). Al tema dedica Juvenal íntegramente una de sus composiciones. No se queja el poeta de falta de estima o aprecio: lo que ocurre es que no gana dinero, como tampoco el historiador o el orador:

Gloria quanta libet quid erit, si gloria tantum est? (7, 81).

¹² Highet, o. c., p. 106, respecto a los precedentes, vid. p. 270 n. 2.

¿Y si se trata de un hombre dedicado a la enseñanza? El *rhetor* apenas puede dominar una clase excesivamente numerosa; necesita una salud de hierro y buenos pulmones para repetir de pie, una y otra vez, el texto que el alumno lee sentado. Se ve acosado por incesantes preguntas: a qué género pertenece la causa, qué *color* conviene darle, dónde está la *summa quaestio*..., y todo para conseguir un miserable sueldo que apenas le permite comprar una *tesera frumenti* (vv. 150-75), un «vale» para el reparto de trigo.

Peores son aún las condiciones de vida del *grammaticus*, que debe ser una enciclopedia abierta a toda la ciudad: importunado hasta en su camino hacia las termas, debe tener respuesta para todo, retener en la memoria el nombre de la nodriza de Anquises y la patria de la suegra de Anquémolo; y para más dificultad, ocuparse de la delicada tarea de formar el carácter de sus alumnos, ser como un padre vigilante... El sufrido maestro percibe al cabo de un año la misma cantidad que el pueblo reclama para el campeón de los juegos en una buena tarde (vv. 230-243).

El contraste es tan irritante como la descripción de las cuantiosas sumas gastadas por el potentado en la construcción de unos baños con pórtico que le resguarde de la lluvia y de un grandioso comedor con mármoles de Numidia, atendido por un servicio refinado y costoso:

Res nulla minoris / constabit patri quam filius (vv. 87-88).

El afán de lujo es una manifestación de la *ambitio*. *Aedificator* llama Juvenal (14, 86 ss.) al ambicioso Cretonio, cuya *uillae* eclipsaban el brillo del templo de la Fortuna en Preneste y el de Hércules en Tibur: el hijo de Cretonio, educado en el ejemplo del padre, acabó con su fortuna, como se arruinó el magistrado (Hor., *Sat.* II 3, 167-223), por el vano placer de hacerse erigir una estatua de bronce. De ahí sigue Horacio la precaución tomada por Servio Opidio de hacer jurar a sus hijos que no aceptarían el desempeño de ningún cargo público:

*...Ne uos titillet gloria, iure / iurando obstringam ambo; uter
aedilis fueritue / uestrum praetor, is intestabilis et sacer
esto* (vv. 179 ss.).

La *ambitio* conduce —como la *avaritia*— al crimen, y es igualmente insensata: el poder es cosa frágil, *Descendunt statuas restem-que sequuntur...* (Iuv., 10-58), y está a merced del caprichoso juego de la Fortuna:

...*Heu, Fortuna... ut semper gaudes inludere rebus humanis*
(Hor., *Sat.* II 8, 61 ss.).

Cualquier clase de placer, pero especialmente el del sexo, forma parte del ataque de los satíricos a la *luxuria*; *saevior armis*, vicio que constituye en sí mismo un crimen: *facinusque libidinis ex quo paupertas romana perit* (vv. 6, 292-5).

Una de las más antiguas sátiras de Horacio —la que figura en segundo lugar del libro 1.º contiene una crítica escandalosa de la sociedad contemporánea: a propósito de ella, el poeta monta un «sermón» sobre los inconvenientes del adulterio (vv. 38 ss.): son muchos los peligros que acechan al adúltero; uno se cayó de un tejado, otro recibió una paliza que le dejó medio muerto; otro, al huir, cayó en manos de una banda de ladrones... Esto sin contar las terribles venganzas del marido infamado, venganzas permitidas por el antiguo derecho, frente a las que sólo se había levantado la voz de un Sulpicio Galba¹³.

Igualmente desventajoso, sigue Horacio, es el trato con libertas y meretrices: *unde fama gravius / malum quam res trahit*; en definitiva, tras una larga serie de ejemplos, llega a la conclusión de que este asunto no interesa:

ne paeniteat te,
desine matronas sectarier, unde laboris plus haurire mali
est quam ex re decerpere fructus (vv. 77 ss.).

Juvenal dirige en este terreno sus dardos hacia dos temas de muy desigual tradición literaria: el homoesual (*Sat.* 2 y 9) y la casada infiel (*Sat.* 6). El primero no es un tema definido en la literatura satírica anterior, sino más bien objeto de atención por parte

¹³ Quizá el cos. del a. 144, al que Cicerón alude en *De Orat.* I 240: *Galba autem... multa pro aequitate contra ius dicere.*

de los filósofos¹⁴; el tópico de los defectos femeninos, la consideración de la mujer como un castigo o una plaga inevitable, tiene en cambio una larga y variada tradición; que va desde los dichos populares —*sententiae* de Publilio Siro—, sátira y comedia, a los géneros más cultos: preceptos filosóficos y discusiones retóricas (5).

Larga es, por otra parte, la lista de adaptaciones e imitaciones a partir de la obra de Juvenal¹⁵. Es violenta la invectiva de la sátira 6; una interminable sucesión de las locuras y crímenes de las mujeres —abortos, drogas, infanticidios, crímenes— que hacen insostenible la vida; los excesos brutales, la depravación más infamante no encuentra en cambio una réplica en la sociedad; es ante esa postura pasiva —fruto de una inexplicable indiferencia o bien de la hipocresía— ante lo que el poeta clama:

*His uiolare cibos sacraeque adsistere mensae permittunt,
et uasa iubent frangenda lauari... (6, 365, 4-5).*

Highet ha interpretado la sátira 6 como «un serio intento de describir los resultados de una larga y violenta revolución: el colapso de la vida familiar y de la moralidad sexual en la que había sido una de las sociedades más puritanas del mundo antiguo»¹⁶. Nadie en mejores condiciones que el conocido filólogo británico para detectar esta situación: inmerso él a su vez en unas de las sociedades más puritanas que en el mundo han sido.

De otro lado, si se acepta la conjetura de Highet: Juvenal escribe así movido por el fracaso de su matrimonio con una mujer rica, no es preciso insistir en la conexión de lo que puede parecer a primera vista un tópico literario con la realidad más cercana al poeta; esto aunque no se pierda de vista la desmesura propia del género, acentuada en este autor por la huella que el estilo retórico ha dejado en toda su obra. Mujeres chismosas, irritables, pedantes hasta lo insostenible, intemperantes, coquetas, seductoras y crueles hasta los más abominables crímenes, van desfilando en el más largo de los poemas escritos por Juvenal. No podía faltar en esta

¹⁴ Vid. Highet, *oc. c.*, p. 249.

¹⁵ Vid. Highet, *o. c.*, pp. 264-265 y 269.

¹⁶ Vid. Highet, p. 100.

serie el cuarto de los grandes vicios señalados por el estoicismo: la *superstitio*.

Hay mujeres para quienes el astrólogo es la fuente misma de la verdad (553 ss.); preocupadas por la previsión del porvenir, quieren saber cuándo serán los funerales de su hermana, de sus tíos, si su amante vivirá más tiempo que ella y qué meses le serán propicios, y si las previsiones de su calendario son desfavorables, se negarán a seguir al marido, aunque éste tenga que hacer un viaje totalmente necesario. Mujeres incapaces hasta de aplicar un colirio a sus ojos irritados sin previa consulta al horóscopo.

Horacio —*Sat. I 8*— ridiculiza por su parte la superstición con una escena de terror: en el jardín de Priapo, dos hechiceras recogen hierbas malignas y huesos; la palidez de su rostro las hace horribles a la vista. Mientras arañan la tierra, evocan a los manes de quienes esperan respuesta. Las «sombras» alternan su murmullo siniestro con las palabras de las magas. Un ruido imprevisto, la luz producida al prenderse fuego una pequeña imagen de cera, rompe el encanto. Los dientes de una, la complicada peluca de la otra, ruedan por el suelo, junto a hierbas y encantamientos, en la precipitada huida. Y Horacio, que aún conserva parte del viejo humor bufo romano —*antigua et uernacula festiuitas*—, termina: *Cum magno risuque iocoque videres...* (v. 50), «si las llegas a ver...».

Muchos son los nombres, nombres propios de *famosi* y *famosae* que ejemplifican con su propia vida los vicios y defectos que son blanco del poeta satírico. Horacio se excusa de hacerlo así, con esa descarada franqueza, y explica irónicamente cortés, con la amabilidad de un joven educado en provincias: Ustedes perdonarán mi franqueza, esto es consecuencia de las enseñanzas de mi padre, que cuando era niño me mostraba con ejemplos los vicios que debía:

*Insuevit pater optimus hoc me, / ut fugerem exemplis uitiorum
quaeque notando (Sat. I 4, 105 ss.).*

Junto a esos nombres fácilmente pueden alinearse los de otros hombres y mujeres que viven o han vivido en otros momentos históricos.

Por eso, y aunque la transición parezca brusca, no es cosa extraña la fuerte conexión que se da entre la sátira romana antigua y

los sermones de los Padres de la Iglesia¹⁷. En un mundo que sufría —estaba sufriendo— una honda transformación, un mundo del que han entrado a formar parte nuevos pueblos, en el que han penetrado nuevas formas de vida y nuevas formas de concebir la vida, la antigua sátira pervive de algún modo. El punto de mira ha girado, volviéndose decididamente hacia la vertiente moralizante que siempre de un modo u otro estuvo presente en el género.

Los herederos de los *sermones* horacianos son unos «sermones» ya en prosa, predicados con una intención más liberadora que puramente censora; ambos ponen ante la mirada los defectos de la sociedad de su tiempo; allí ante un auditorio ficticio, aquí ante un público real; los mismos temas sirven a otro espíritu. La coincidencia de los tópicos ha quedado ejemplificada por Wiesen en la comparación establecida entre la sátira 6 y la epístola 22 de S. Jerónimo¹⁸.

El predicador es, en la terminología del mismo Jerónimo, un *satyricus scriptor in prosa* que se distingue y al mismo tiempo enlaza con el *satyrici carminis scriptor*.

Siglos más tarde, el llamado Renacimiento Carolingio y posteriormente el más auténtico Renacimiento del siglo XII revitalizaron un género siempre capaz de renovación. En aquellas fechas escribía Gualterio de Chatillon:

*Antiquitus et studere
Fructus erat et habere
Declamantes socios;
Nunc in arca sepelire
Nummos maius est quam scire
«Bella per emathios» (1, 14-15).*

La intención fácilmente se descubre, es una denuncia de la sociedad contemporánea.

La forma es nueva: en lugar del hexámetro, versificación silábica con ritmo acentual y rima.

¹⁷ Cf. ch. Witke, *o. c.*, p. 269.

¹⁸ D. S. Wiesen, *St. Jerome as a Satirist*, Ithaca 1964.

El contenido: la añoranza del pasado, antiguamente merecía la pena estudiar; el tópico del hombre de letras y un esbozo del tema del avaro que guarda su dinero en el arca. Temas perennes en la literatura y en la vida; o, si se quiere, con frase más castiza: «Los mismos perros con distintos collares».

CARMEN CASTILLO